

# EL MONTE ADEHESADO: SIGNIFICACION ECONOMICA Y ECOLOGICA ACTUAL

Por  
JOSE MANUEL GOMEZ GUTIERREZ (\*)

## I. DEFINICION

**E**L monte o bosque adhesionado es un sistema agrario, o una forma de explotación de los recursos agrobiológicos, característica de la banda Oeste de España, limítrofe con Portugal, cuyos factores determinantes son: clima semiárido a subhúmedo fuertemente fluctuante (ciclónico), tanto a nivel estacional como anual; roca madre pobre en bases, que da lugar a la formación de suelos de escasa potencia, ácidos, oligotróficos y con predominio de la fracción arenosa. Por supuesto, no faltan excepciones, sobre todo en cuanto a los caracteres edáficos. Las superficies adhesionadas sobre suelos ricos o muy ricos son las más afectadas por la transformación debida a imperativos económicos; su destrucción se ha acelerado con la introducción de maquinaria agrícola y el uso de artefactos de gran potencia destructora, o transformadora al menos.

Componente esencial es el bosque (o monte) de quercineas, a las que se debe el carácter fundamental de su denominación «bos-

---

(\*) Catedrático de Ecología, Facultad de Biología de Salamanca.  
— Revista de Estudios Agro-Sociales. Núm. 142 (octubre-diciembre 1987).

que (o monte) adehesado». Cuando el arbolado ha sido eliminado y la superficie unitaria de explotación es grande (más de 150 Ha) seguirá denominándose «dehesa», pero obviamente ya no es un «monte adehesado». Intentar incluir bajo esta denominación (reconocida hasta el momento por todos los autores, sin excepción, y sobre todo por toda la población rural involucrada, bajo los términos antes expuestos) otras formaciones (sabinares, superficies con pinos, etc.) es un despropósito; un disparatado intento de liquidar la esencia misma de estas formaciones, y ganas de crear confusión que a la postre desvirtuará el sentido de la denominación y debilitará su genuino significado.

El monte adehesado es, pues, un sistema semisilvestre o seminatural, cuyo mantenimiento requiere la acción constante del hombre y sus animales domésticos, sin cuya presencia se regenera con relativa rapidez el ecosistema natural, en constante tendencia hacia el clímax o ecosistema acorde con los factores edafoclimáticos reinantes: formación de bosque esclerófilo mediterráneo, caducifolio atlántico-centroeuropeo, o ecotono entre ambas tendencias.

Su interés económico radica en el hecho fundamental de compaginar el aprovechamiento de los dos recursos básicos del sistema (suelo y arbolado), sacando el mayor partido de ambos: pastos o labor-pastos en rotaciones largas, y la compleja producción y efectos del arbolado (bellota, madera, leña, efectos sobre los factores climáticos, complejos efectos sobre el suelo, etc.), todo ello con un aporte mínimo de energía subsidiaria y obteniendo el máximo sin destrucción. Es decir, el balance final es enormemente positivo.

Su interés ecológico se debe al mantenimiento, y aún mejora, de los recursos edáficos, conservación de los botánicos y presión soportable sobre los faunísticos.

Una dehesa correctamente explotada es el sistema óptimo de utilización de recursos agrobiológicos en ambientes semiáridos. Es un sistema que se trata de reproducir en muchos países, con altos presupuestos de investigación, en tanto en España está sometido a un proceso de destrucción difícilmente justificable.

---

## II. ORIGEN

El monte adehesado tiene un origen milenario; impuesto por la necesidad, vital para el hombre, de buscar incesantemente mejor calidad de vida y mayor posibilidad de supervivencia. Esa necesidad le forzó a incrementar constantemente los espacios abiertos que propiciasen la formación de pastos para los herbívoros silvestres que, al aumentar en número, hacían que fuera mayor la probabilidad de los encuentros y, por tanto, las expectativas de éxito en su actividad cinegética. Más tarde consigue domesticar y seleccionar a los menos ariscos, para cuya máxima producción precisa explotar racionalmente todos los recursos que la naturaleza ha puesto a su alcance. El proceso culmina en el hombre agricultor y ganadero que, sabiamente, organiza la explotación sacando el máximo provecho a los tres componentes esenciales del sistema: pastos, labor, monte.

Acorde con los recursos primarios, diversifica la ganadería para conseguir la máxima utilidad (vacas, ovejas, cabras, cerdos, caballos, asnos, mulas, pavos, gansos, gallinas, etc.) y aún le queda una parte de la fauna autóctona (perdices, conejos, liebres, palomas, tórtolas, codornices...) con la que variar la dieta y satisfacer sus ancestrales instintos cinegéticos. Casi un paraíso. Desgraciadamente, la condición humana hará que sea disfrutado por unos pocos a costa de otros muchos; pero esa faceta social, pese a su esencial importancia, no es ahora nuestro objetivo.

## III. ACTUALIDAD

La preocupación del ciudadano por el estado de deterioro de los recursos agrobiológicos se ha acrecentado considerablemente en nuestros días, aunque no es una situación nueva. Efectivamente, existe documentación gráfica de siglos pasados en la que, de forma aislada, algún político o escritor sensible hace referencia expresa al deplorable estado de determinados campos de cultivo o masas arboladas. Estas referencias son más vivas en los escritos de viajeros de otros países que visitaron el nuestro de forma intermitente en diferentes épocas. Aunque no vaya a desarrollar ese

---

tema histórico, conviene recordarlo, sin descartar la posibilidad de que muchas de las estimaciones de los extranjeros fueron simplemente errores de apreciación, al no caer en la cuenta de que el paisaje semiárido dista mucho de mostrar la exuberancia de los países nórdicos o centroeuropeos.

La sensibilización actual no es ajena al desarrollo cultural, ni mucho menos al de los medios de comunicación; por el contrario, no creo que sea descabellado asociarlo a un fenómeno cultural precisamente.

Por otra parte, la conservación y buen uso de los recursos es un tema de actualidad, casi de moda, y, por tanto, expuesto a exageraciones, desviaciones y errores de gentes, posiblemente bien intencionadas, pero deficientemente informadas, cuando no deplorablemente desorientadas o manipuladas. Esta faceta puede adquirir matices preocupantes cuando alcanza a políticos o profesionales a los que se ha dado cierta responsabilidad; peor aún es el caso de los arrivistas, que la pretendieron y no la alcanzaron. Todo ello pudiera atenuarse pensando que se debe a una situación transitoria, pero parece que va adquiriendo carta de naturaleza en nuestro país, convirtiéndose en otro endemismo nacional.

De todas formas, la intensidad del deterioro es ya impresionante y no admite paliativos. No hemos de sorprendernos ante la reacción violenta de personas bien preparadas, cuya sensibilidad les lleva a una situación angustiosa que raya en la desesperación cuando cada día pueden constatar que no sólo no se hace nada para remediarlo, sino que la destrucción se programa, se defiende y se ejecuta.

Que nadie vea una contradicción en lo manifestado anteriormente, pues lo que pretendo destacar es la conveniencia de desdramatizar, evitando posturas radicales, y la necesidad de valorar adecuadamente la situación mediante estudios profundos, realizados antes de tomar unas decisiones basadas únicamente en la opinión o en la estimación de técnicos mal informados o poco preparados, no conscientes de la repercusión de cualquier medida tomada demasiado a la ligera.

Otra consideración, absolutamente insoslayable, es la actitud del campesino o propietario, que debiendo considerarse qui-

---

zá como un administrador de algo que cada día se ve más claro como patrimonio de la humanidad, mantiene el criterio del señor feudal, entonces dueño de la vida y de la muerte y ahora responsable de una buena parte de nuestro futuro.

Sin embargo, esta actitud crítica respecto a ellos, muy propia de ciudadanos o funcionarios que desarrollan su actividad en el medio urbano, en su oficina o despacho, y que no sólo carecen de un conocimiento profundo de la situación socioeconómica que condiciona al campesino, sino que la ignoran absolutamente o, lo que es más grave, la desprecian, esta actitud, digo, es igualmente deplorable.

Es muy fácil evaluar, o estimar y después criticar, y aún hasta planificar desde un despacho; sobre todo, cuando no se ve afectada la economía propia. Pero a la hora de la verdad, cuando analizamos las razones que condujeron al hombre de campo a tomar determinadas decisiones, vemos que no tenía otra alternativa, que carecía de los conocimientos precisos o, lo que es peor aún, contaba con el amparo de la ley en su acción. La desinformación en que se mantiene inmerso al medio rural y la situación económica crítica de muchas familias es la causa inmediata de la destrucción. Cultura y necesidad han sido dos palabras clave en nuestra matizada historia. ¿A quién responsabilizaremos de la falta de la primera y exceso de la segunda?

Tratamiento muy diferente requiere la situación de quienes poseyendo o pudiendo poseer un buen nivel de la primera y sin padecer la segunda, propician la destrucción gratuita o caprichosa. Para ellos no encuentro ni siquiera la disculpa de su buena intención o de su ignorancia.

Todas estas consideraciones, y otras muchas, cuya matización o puntualización requeriría demasiado tiempo, tienen su lugar en lo que a continuación expongo, y espero ayuden a comprender o, en su caso, a justificar errores pasados, para mejor evitar disparates actuales y futuros.

Es, pues, un tema muy complejo, sobre el que defensores, detractores y protagonistas debieran meditar más seria y profundamente antes de lanzar necias invectivas, histéricas llamadas de socorro, rimbombantes discursos buscando el clamor popular o disparatadas propuestas que provocan el aplauso fácil. Menos folk-

---

lore y más seriedad en el enfoque de algo cuya transcendencia comienza a entreverse.

#### IV. MANTENIMIENTO

El sistema adhesionado no es un sistema natural; pero en él la intervención del hombre no ha sido drástica como en los agrícolas tradicionales, por ejemplo; lo cual ha permitido compaginar explotación y conservación de forma bastante armónica, obteniendo la máxima utilidad sin descapitalizarlo. No obstante, su mantenimiento requiere la acción permanente de los elementos que hicieron posible su formación; eliminación de alguno de ellos, el traslado de función o la modificación de uso afectan muy pronto a alguno de los componentes (suelo, flora, fauna) con la repercusión consiguiente en la producción o en la calidad y, por tanto, en la economía.

El complejo y difícil equilibrio que se ha conseguido en el sistema adhesionado, entre las dos fuerzas capitales actuantes (intervención humana degradante y sucesión secundaria regeneradora), fluctúa entre unos márgenes lo suficientemente amplios como para permitir su mantenimiento en tanto no se destruya alguno de los componentes del sistema o desaparezca el hombre. El deterioro de alguno de esos elementos o el abandono temporal de la presión humana, modifican pero no destruyen el equilibrio. Ahora bien, la eliminación del bosque, la destrucción del suelo o la desaparición del hombre (o la modificación de su conducta) conllevan la liquidación del sistema.

El suelo exige alternativas de uso en las que el pastizal sea permanente o al menos dominante en la secuencia temporal. El mantenimiento del pastizal, lo mismo que su formación, requiere no sólo la diversificación de herbívoros o las operaciones de limpieza complementaria en caso de simplificación de los animales domésticos, sino además una correcta planificación de los aprovechamientos, adecuada estimación de la carga ganadera y la debida secuencia de orden y permanencia de cada especie.

El arbolado ha recibido unos tratamientos de poda tan atinados y adecuados a sus funciones (producción de madera, leña,

sombra, etc., y, sobre todo, bellota) que le permiten sobrevivir centenares de años, adquiriendo un aspecto tan peculiar que se le considera como natural (particularmente en la encina), cuando en realidad no es así. Efectivamente, un bosque natural de carrasca no permite que los ejemplares alcancen el porte, ni la longevidad con que se nos muestran los árboles de un monte adehesado. La realidad es que, por los tratamientos recibidos, un monte adehesado se aproxima más a un jardín que a un sistema natural. A lo largo de la ponencia se hace una reiterada alusión a los factores determinantes de la formación y mantenimiento del pastizal. Pues bien, los del arbolado son más complejos, si cabe. Ya en la fase arbustiva, el matorral de encina, recibe las primeras podas y se selecciona la densidad adecuada. Estos primeros cuidados, eliminando las ramas bajas, permiten diferenciar el eje de la copa que hacia los *cincuenta años* queda ya perfectamente conformada; en otros *veinticinco-cincuenta años* se tendrá ya un árbol joven (encinas) con todos los caracteres fisionómicos y funcionales del árbol adulto. Cada diez-catorce años se le da una poda drástica (desmoche), que remodela la forma de copa clásica de la encina de monte adehesado. Este desmoche, resulta espectacular y sorprendente para el profano, pues árboles de gran porte quedan reducidos al tronco y tres-cuatro «brazos» o ramas principales. Este sistema milenario de poda, imprescindible para la formación y persistencia de la encina, tal cual la conocemos, ha dado lugar a violentas reacciones de determinadas organizaciones que, manifestando una ignorancia supina, han calificado esas podas de «salvajes», «asesinas» y otros apelativos similares. La cuestión no deja de ser deplorable, dado que sin ese tratamiento la encina deja de producir, se deteriora, pierde vitalidad y muere. A los cuatro-seis años del desmoche se somete a una poda liviana, denominada «olivo» que, con criterios similares a los de un árbol frutal, deja a la encina lista para la máxima intercepción, máxima superficie y constitución óptima para la producción. Consideraciones similares podrían hacerse para el roble y el quejigo, con intervalos más cortos, o para el alcornoque, al que habría que añadir la operación de extracción de corcho, siempre con el deseo de que no surja el ignorante de turno que proponga (en aras de su defensa) que no sea descascarillado.

---

## V. LA INTENSIDAD DEL DETERIORO

Creo que sería un error limitarse a hacer un inventario de la repercusión que la acción del hombre ha tenido sobre el monte adhesionado en las últimas décadas, sin reparar en las causas de la misma. Para ello es preciso hacer ciertas consideraciones que nos permitan profundizar en las diversas causas, saliéndonos así de los tópicos más o menos aceptados, aunque muchas veces se usan en un tono tan general que poco o nada dicen de la realidad.

A este respecto, hemos de tener en cuenta que la situación socioeconómica de los propietarios es muy diversa, y ella suele ser causa de las muy variadas acciones que se han llevado a cabo con más o menos fortuna. No es menos cierto que existe una inmensa gama de calidades de montes adhesionados, pues, aunque generalmente se asocie este tipo de explotación a los suelos silíceos, arenosos, oligotrofos del oeste español, también existen dehesas o montes adhesionados en suelos del Terciario, y aún en vegas cuaternarias de gran potencia y acusada fertilidad.

Estas dehesas de suelos ricos no era infrecuente que estuvieran totalmente abandonadas, cubiertas de monte alto y matorral, donde la caza recreativa (y no como negocio) era su único producto. Pues bien, estos terrenos, bien por necesidades económicas del o de los propietarios, bien por imperativos legales (fincas manifiestamente mejorables) fueron desmatadas (rozadas) primero, puestas en cultivo después y finalmente, bien a través de la quema del rastrojo que causa la muerte del arbolado, bien con ayudas oficiales o por cualquier otro medio más o menos repudiable fueron totalmente desprovistas de arbolado. Son muchos miles de hectáreas deforestadas por este motivo, y no siempre, desgraciadamente, sobre suelos de alta calidad; en ocasiones, acciones de este tipo arruinaron (o estuvieron a punto) a muchos de sus propietarios. Analizando el por qué y el cómo, puede tenerse una información que quizá modifique nuestros puntos de vista.

La industrialización del país primero, con el éxodo de la mano de obra baratísima del medio rural al urbano, y las medidas más o menos socializantes posteriores, dieron un vuelco al sistema económico, de forma que el terrateniente que no adaptó sus inversiones a la nueva economía vio drásticamente mermados sus

ingresos. El propietario medio, que vivía más o menos desahogadamente se encontró en el límite, de forma que si su propiedad no era de extensión suficiente, tuvo que explotarla directamente, abandonando su cómoda existencia de café; el latifundista, para mantener su estatus tuvo también que hacerse cargo de la explotación, actualizándola y sacando el máximo provecho a sus terrenos más o menos abandonados.

De esta manera, toda la zona de monte aclarado, dehesas o no, se vio sometida a un proceso inverso al anterior a la época de la industrialización-mecanización. El pequeño propietario, que antes esquilma su terruño, abandonó sus pequeñas parcelas para trasladarse a la ciudad que le ofrecía mejores perspectivas; en estos terrenos no labrados se produce un proceso de recuperación según la serie sucesional labor-pasto-matorral-arbolado. Simultáneamente los dueños de más superficies y los latifundistas, poseedores de la mayor parte del territorio adehesado, mecanizan sus fincas y comienzan a destruir el arbolado a un ritmo jamás igualado en la historia. Muchas de estas deforestaciones se hicieron por recomendación y con apoyo económico oficiales; otras con la ausencia de los organismos responsables; otras en la más estricta impunidad; algunas a pesar de las mínimas penalizaciones; muchas constituyeron graves errores ecológicos y económicos; todas se hicieron sin ningún estudio previo que pudiera haber establecido la densidad mínima, o alguna forma alternativa (bandas o cimmas arboladas) que conservará la masa arbolada idónea.

La fiebre de la roturación y puesta en cultivo provocó una situación inconcebible en términos económicos. El propietario permitía que el carbonero se llevara los árboles gratis, e incluso llegó a pagar para que se desmontara su finca o parcela. Como la demanda de leña, como fuente de energía, se mantenía, muchos carboneros obtuvieron pingües beneficios, que les permitieron amasar fortunas muy considerables. Menos de diez años después, escasea la oferta, aumenta fuertemente la demanda y comienza a pagarse el kilogramo de leña a 1-3 pesetas. De esta forma, algún gran propietario, que bajo la dirección de un profesional agrónomo había arrancado 30.000 pies, se encontró con que al profundo daño ecológico y posterior repercusión económica por empo-

---

brecimiento del recurso suelo había que añadir más de 30 millones de pesetas regaladas a los carboneros, que obtuvieron más de 60 millones en tan desdichada operación. A menor escala esta situación ha sido frecuentísima.

Posteriormente, la crisis económica que se inicia en 1973 con la carestía del petróleo hace que se aumente la demanda de leña y carbón, intensificándose otra vez el desmoche y la tala.

Entre las superficies en que el arbolado ha sido totalmente eliminado y las descuajadas o aclaradas, como paso previo para deshacerse del arbolado a través de la quema del rastrojo «inteligentemente» realizada para que muera el árbol, pueden contarse por decenas de miles las hectáreas totalmente desarboladas. A ese ritmo de destrucción los efectos son ya tan patentes que han despertado la alarma no sólo de quienes se preocupan por los recursos naturales, si no de toda persona medianamente sensible.

La eliminación del arbolado es siempre repudiable, o al menos discutible; pero en zonas semiáridas como la que nos ocupa (C-W de España) es un disparate difícilmente justificable.

Aunque los efectos del arbolado son conocidos, bueno será recordar alguno de ellos, para así poder formarnos una imagen de la intensidad del deterioro que conlleva su eliminación.

En los montes adeshados o aclarados, el arbolado es un filtro para la radiación, que amortigua el exceso, propiciando una adecuada intensidad de fotosíntesis y la regulación de la evapotranspiración, permitiendo así economizar las disponibilidades hídricas de las herbáceas del sustrato inferior. Amortigua los extremos de la temperatura (menos frío en invierno, menos calor en verano); contribuye a mantener la humedad relativa en límites aceptables; amortigua los efectos de la incidencia directa y violenta de la lluvia sobre el suelo; dificulta el arrastre y erosión del suelo; afecta al ciclo del agua reteniéndola en el ecosistema, propiciando su cesión lenta y más continuada a los cauces de drenaje, etc. Si tenemos en cuenta los efectos secundarios y las interacciones de los enumerados, resulta agobiante la multitud de razones, algunas ya vitales o dramáticas, que hacen necesaria una defensa enérgica y decidida del arbolado en la zona de monte o bosque adeshado.

Por otra parte, el laboreo de suelos que no sólo no reúnen

las condiciones mínimas para obtener una cosecha rentable, sino que además por su estructura arenosa, su oligotrofia (deducible de su propia génesis y su pendiente, son muy vulnerables a la erosión, ha sido propiciado por una mecanización disparatada, destructora de grandes superficies, a veces soporte de magníficos pastizales que sólo se recuperarán después de muchos años de cuidados, o no se recuperarán nunca por no ser posibles esos cuidados como consecuencia de la simplificación ganadera.

Como efecto compensador de tanto disparate gratuito, acrecentado por acciones oficiales de repoblación, concentración pésimamente planificada, abancalamientos, etc., sólo queda el estimulante efecto regenerador de la sucesión secundaria en tantos y tantos suelos marginales, abandonados por emigrantes o pequeños propietarios que no obtenían una cosecha de supervivencia.

Con menor incidencia unitaria, pero considerables repercusiones adicionales, quedan por enumerar los destrozos de pequeños incendios, circulación de máquinas que destruyen la cubierta vegetal y propician la erosión, simplificación ganadera, invasión de zonas urbanizables (chalets) urbanizaciones dormitorio, campos de recreo, etc.

Realmente no resulta difícil angustiarse ante tal conjunto de alteraciones, que posiblemente no se hubieran reunido en un programa de destrucción cuidadosamente planificado.

Desequilibrio funcional, oxidación de materia orgánica, erosión y otros efectos conducen a las zonas semiáridas irremediablemente a una desertización paulatina, pero inexorable.

## VI. LOS APORTES DE ENERGIA

La mecanización de las explotaciones (excepcionalmente racional y ponderada), la entrada masiva de grano y paja de las zonas cerealistas y de alfalfa de los regadíos, los correctores y concentrados importados, pesticidas, herbicidas, etc., y la instalación de cebaderos, supone en conjunto una entrada de energía complementaria realmente impresionante; hay que añadir cantidades igualmente elevadas destinadas a modernización de la estructura de las explotaciones en cuanto a edificios, refugios, cercas, agua, luz, etc.

---

Todo esto sólo es posible gracias a la situación económica saneada del propietario, frecuentemente confinado en la ciudad, o a los créditos, generalmente contra hipoteca de la finca. Su repercusión puede sintetizarse en tres apartados:

- a) Intensificación de la explotación (extracción de energía) de unos recursos cuya potencialidad sólo excepcionalmente (en las fincas muy buenas) podían soportarla.
- b) Intento de liquidar la deuda a base de sobreexplotación, destruyendo gran parte de los recursos y dañando a otros.
- c) Ruina (muy frecuente) del propietario y venta de la finca.

En el último caso, el nuevo propietario podía tomar dos alternativas: intentar sacar adelante la explotación con las directrices impuestas por las instalaciones montadas, que generalmente terminaban en la ruina nuevamente, o aburrirse de aportar dinero de sus ingresos profesionales, o bien regresar al sistema extensivo tradicional que, aún con las consabidas fluctuaciones anuales impuestas por las cambiantes condiciones climáticas y de mercado, terminaban por arrojar un balance positivo.

Esta situación es del todo imputable a ciertos organismos de la Administración y a acciones concretas programadas por los mismos. De estas acciones y programas son responsables funcionarios tan ignorantes como osados, que impusieron a los propietarios, más ignorantes que ellos, a inversiones indiscriminadas, sin tener en cuenta la potencialidad de la finca. Jamás se hicieron estudios por expertos cualificados conocedores del problema. Se tomaban decisiones por personal desinformado, que necesariamente tenían que conducir a la catástrofe.

Estos aportes de energía fueron un eficientísimo agente de destrucción que, en el mejor de los casos, terminó con la ruina del propietario y/o el abandono de instalaciones y maquinaria en un derroche sin precedentes. ¿Quién se benefició de ello?: la industria, la banca y los desaprensivos. ¿Será posible que en este país algún día se tomen decisiones sobre y desde la base firme de estudios serios previos? Lo dudo. Las decisiones no las orienta la potencialidad de los recursos (base), sino los imperativos económicos de la balanza comercial (cúspide), y así nos luce el pelo.

---

## VII. NECESIDAD DE ENSAYAR OTRAS FORMAS DE EXPLOTACION. ESTUDIO DE LOS SISTEMAS TRADICIONALES

La viva reacción provocada por las profundas alteraciones y la sistemática destrucción del monte adehesado ha desembocado en una actitud de defensa a ultranza de los recursos agrobiológicos, sin pararse a estudiar los factores condicionantes de la nueva situación. A mi entender es una actitud tan absurda, irracional e improvisada como la que desencadenó el desastre.

Ni me propongo ni intento dar soluciones, pues caería en el mismo absurdo, ya que creo firmemente que las soluciones sólo pueden buscarlas equipos muy complejos de investigadores, expertos, dirigidos por una mente siquiera racional; pero creo que es muy provechoso hacer algunas consideraciones al respecto.

Conviene en primer lugar establecer con precisión los conceptos clave para el tema que nos ocupa: monte o bosque adehesado y dehesa. Estos dos términos son utilizados con cierta ambigüedad, produciendo mal entendimiento entre los interlocutores, sobre todo cuando alguno de ellos o los dos no están suficientemente familiarizados con el tema.

El término «monte o bosque adehesado» es de significado fisionómico y se refiere a una forma peculiar de utilización de los recursos naturales cuyo carácter definitorio está en el arbolado, que mantiene una estructura peculiar (monte hueco), debido al interés que ofrecía su explotación. El suelo puede estar labrado o no. Sin embargo, el término «dehesa» hace alusión al régimen de tenencia de la tierra, cuyo carácter primordial es su unidad física (o geográfica si se prefiere); es decir, la situación de «coto redondo» es condición insoslayable para que un territorio sea considerado «dehesa», de la misma forma que lo es la superficie, generalmente superior a cien hectáreas. La propiedad en este caso puede ser comunal, o privada en sus tres modalidades: un solo propietario, propiedad familiar proindiviso, propiedad familiar dividida (cuartos). La denominación «la dehesa» o «las dehesas» de algunos predios, incluso ya sin arbolado, muy frecuente en terrenos municipales, hace referencia a que aquella porción del territorio fue una dehesa, repartida entre los vecinos y procedente

---

de una dehesa comunal (boyal) o bien adquirida por algunos vecinos del pueblo e incorporada al sistema municipal.

Pues bien, el monte adehesado, dehesa o no, como unidad fisonómica, últimamente elevada al rango de «formación» geobotánica, y definida como «sabanoide», debe su origen, salvo excepciones, a las que ya se ha hecho referencia, a la pobreza del sustrato y dureza del clima, que impuso un sistema de utilización, sin duda muy inteligente, para sacar el máximo provecho del suelo y del arbolado. Para ello se sometió al primero a un régimen de cultivo muy liviano (en alternativa con el pastizal e incluso itinerante) y el segundo recibió un trato similar al de los árboles frutales (sólo diferente en el ritmo, anual en éstos y en ciclos de diezcatorce años (desmoche) y de cinco-siete (olivo o poda en aquéllas).

Como, por otra parte, el proceso de recuperación (sucesión secundaria) actúa permanentemente era preciso mantener la etapa herbácea, sin permitir la entrada de las leñosas; lo cual supone un estado de permanente vigilia, dada la capacidad de recuperación (reproducción y multiplicación vegetativa) del matorral y el arbolado en su fase arbustiva. El hombre aprendió a hacerlo de la manera más eficaz: manejo del ganado y labor alternativa. También aprendió que una mayor diversificación de sus animales domésticos no sólo le permitía un más amplio margen de subsistencia y economía, sino además una utilización más racional de los recursos, facilitando el mantenimiento de la etapa herbácea en el suelo y del arbolado en el vuelo.

Todas estas operaciones sólo fueron posibles en terrenos de tan escasa potencia gracias a la disponibilidad de mano de obra abundante y baratísima, en un régimen de explotación del hombre por el hombre con repercusiones socialmente inadmisibles: el obrero, rebasada su edad productiva tenía que mendigar para subsistir o simplemente moría en la más estricta miseria. En estas extremas condiciones se formaron las dehesas. La evidencia no precisa demostración, y se obtiene sin más que estudiar el régimen de tenencia de las dehesas actuales a lo largo de la historia o bien observando cómo los núcleos rurales (pueblos de la zona) de propiedad dividida, están casi siempre circundados por un sector desarbolado.

---

Luego conviene tener en cuenta que la formación de la dehesa, o del monte adehesado, sólo fue posible en unas circunstancias sociales y económicas no deseables ya en esta época.

Conviene, pues, meditar profundamente sobre este hecho cuestionable, y puesto que la relación causa-efecto es evidente, las causas no deben reproducirse, pero los efectos deben mantenerse, porque son óptimos como forma de explotación de nuestro oeste semiárido, silíceo y oligotrófico, es preciso dedicar todo el tiempo necesario y realizar cualquier esfuerzo para mantenerlos. Es preciso estudiar a fondo nuevos posibles sistemas viables de explotación-conservación.

Aunque no exactamente extrapolable, pues son otros los móviles, la situación es comparable a la de los monumentos arquitectónicos u obras de ingeniería históricas. Nadie desea reproducir la esclavitud o disparate social que hizo posible la construcción de las pirámides de Egipto, las vías romanas, los circos, etc., pero no por eso propiciamos o deseamos su destrucción. Todo ello constituye un legado histórico valiosísimo. Pues bien, el monte adehesado, hecho con mucho trabajo, puede considerarse, sin duda, como un legado histórico y además económico; como el mejor sistema de utilización de los recursos implicados y como algo que una vez destruido, difícilmente podrá ser reinstaurado.

Recordemos, una vez más, el sistema de utilización tradicional contrastándolo con el actual, así como las repercusiones de uno y otro sobre los recursos: naturalmente no me referiré a sistemas de abandono o utilización excepcional, sino a los considerados como correctos, frente a los más negativos actuales.

La estructura de un territorio adehesado puede sintetizarse en las siguientes unidades:

- a) *Pastizales arbolados* (vaqueriles, majadales, «prados» frecuentemente cercados, valles entrepanados)

Para llegar a la situación deseable fue preciso talar el bosque (o quemarlo), rozar (cortar-arrancar-quemar) el matorral, mantener la estepa herbácea en su mejor fase y cuidar el arbolado, con una densidad adecuada. La primera requiere una ganadería

---

diversificada (vacas, ovejas, cabras, cerdos, asnos, caballos, etc.) y la atención al desbroce periódico de las «matas» más agresivas, en fase arbustiva, de los árboles correspondientes a cada condición climática. Quizá algunas áreas mantuvieran su etapa herbácea, aunque sólo fueran utilizadas con un determinado tipo de ganado doméstico, pero para ello fueron precisos muchos años (quizá centenares) hasta conseguir esa etapa herbácea parcialmente desviada de la sucesión secundaria. Otras partes del territorio requerían, en todo caso, la diversificación capaz de frenar el «embastecimiento» del pasto y la invasión por el matorral.

Actualmente, la ganadería se ha simplificado drásticamente (sólo vacas u ovejas). Ya no se consume de forma integral toda la producción primaria; el efecto selectivo de cada especie herbívora no queda compensado por las demás; las plantas de estructura más organizada y consistente prosperan a costa de las más digestibles; el matorral prospera.

Las labores de limpieza se han encarecido en un doble sentido. Antes eran realizadas por animales ramoneadores (directamente y a través del pisoteo y las deyecciones), más la labor de los empleados que en ratos libres o épocas de menor actividad se dedicaban a desbrozar «olivar» (podar) y desmochar; es decir, una parte era transformada en carne y otra en cisco o carbón. Ahora las máquinas desbrozadoras consumen grandes cantidades de energía, suponen una fuerte inversión, no se utilizan los materiales eliminados, el matorral se recupera una vez más y se retrasa el establecimiento del pastizal, o no se logra nunca por faltarle los efectos del pastoreo.

El empleo de desbrozadoras, propiciado sin conocer sus consecuencias, ha sido nefasto en muchos casos. La necesidad de eliminar el matorral invasor ha conducido en otros a poner en cultivo terrenos poco aptos para ello; de paso se ha eliminado el arbolado, se han conseguido cosechas de miseria, se ha abandonado y ha vuelto el matorral con más pujanza. Faltaba la acción combinada de una ganadería diversificada y mano de obra barata. Faltaba fundamentalmente el conocimiento, siquiera elemental, de un proceso muy conocido por el agricultor-ganadero, pero no por el técnico o el propietario desarraigado.

---

b) *La labor*

Se pueden diferenciar tres tipos: tierras preferentemente de labor, rotación cereal-pasto y «cortinas» para forrajes.

Es la unidad donde la acción del hombre produce efectos más dispares, por lo que resulta difícil enjuiciarla de forma simplificada.

Los suelos más próximos al asentamiento rural, o utilizados de forma intensiva («cortinas») eran los que generalmente recibían mayores aportes de estiércol, por lo que su evolución fue positiva, el suelo se enriqueció.

Las partes sometidas a una alternativa relativamente corta de pasto-labor-pasto, regeneraban el pastizal con facilidad e incluso se enriquecían con los aportes de majadeos y concentraciones de ganado forzadas para acelerar la recuperación.

Pero los suelos labrados indebidamente, por razones de conveniencia circunstancial o de extrema necesidad (postguerra), fueron esquilados y abandonados, dando lugar a masas de matorral que perduran cuarenta años después.

La labor del arado romano no perjudicaba al arbolado, muy al contrario, le beneficiaba ostensiblemente: ahora la maquinaria pesada permite profundizar, corta las raíces y el árbol muere.

No se quemaba el rastrojo que ahora elimina la ya rala cubierta arbórea.

El uso de herbicidas elimina los propágulos de las herbáceas que antes recuperaban pronto el pastizal: actualmente una tierra abandonada se recupera más difícilmente.

c) *El bosque cerrado*

Las cimas de lomas y montículos, y las laderas de mayor pendiente con asomos rocosos, quedaban prácticamente intactas. Las cabras, los cerdos y la fauna (como refugio) se beneficiaban de estas auténticas «reservas» que aportaban materia orgánica pendiente abajo, protegían el suelo, regulaban la cesión del agua de lluvias torrenciales, etc.

La falta de cabras y cerdo ibérico han hecho que se transfor-

---

men en lugares inaccesibles; en el mejor de los casos, porque frecuentemente el fuego y la maquinaria pesada están dando buena cuenta de ellos, sin ningún beneficio.

d) *La diversidad ganadera y de usos*

Fueron las razones de ser del monte adhesionado. La simplificación ganadera y el monocultivo son, precisamente, la antítesis que lo eliminará.

Imperativos económicos, posiblemente circunstanciales, imponen la simplificación. Necesidades ecológicas, entre ellas la obtención de la máxima producción sin destruir el sistema, exigen la diversificación.

La actual situación socioeconómica no permite mantener el sistema tradicional.

Frente a tal situación surge una realidad insoslayable: el sistema tradicional es el más rentable para el hombre y la naturaleza; el balance final le es totalmente favorable.

Sinceramente, creo que es posible mantener el monte adhesionado y, sin destruirle, sacar de él el máximo provecho.

## VIII. EL DILEMA EXPLOTACION-CONSERVACION EN EL MONTE ADEHESADO

Aunque ahora pretendamos referirlo al caso del monte adhesionado, lo cierto es que está planteado en todos los sistemas agrarios y de todo el mundo. Así pues, trataré, fundamentalmente, en los términos que específicamente afectan al caso que ahora nos ocupa.

La explotación (entendida como extracción de biomasa sin expropiar al sistema) no necesariamente ha de ser expropiadora; es perfectamente compatible no ya con la conservación, sino con la mejora y enriquecimiento del sistema, como puede comprobarse en tantos y tantos suelos prácticamente artificiales, enriquecidos. Las huertas serranas, las tierras próximas a los núcleos urbanos del medio rural y muchas porciones de monte adhesionado, como se ha indicado anteriormente, son un buen ejemplo.

---

Las razones por las que la explotación se convierte en explotación son principalmente cuatro: situación límite de supervivencia; deseos de alcanzar un nivel económico superior, afán de enriquecimiento, mantenimiento de un nivel ya alcanzado. Todas ellas casi siempre con un denominador común: imprevisión de las repercusiones para el futuro, pues el empobrecimiento del recurso se manifestará antes o después, deteriorando más y más el porvenir de generaciones futuras.

La solución roza los límites de la entelequia: evitar que la población afectada permanezca en los márgenes de la supervivencia, para el primer caso y parte del segundo; romper los esquemas del crecimiento-enriquecimiento ilimitado para los demás. Es decir, y bueno es reconocerlo, romper el patrón de comportamiento que es norma y razón de ser del desafortunado modelo de sociedad hoy vigente. Que no es posible lograrlo parece evidente, pues ahí está la realidad actual; pero eso no resta validez a lo anteriormente afirmado-propuesto. Puede también aceptarse que es posible la prosperidad y aún el enriquecimiento explotando sin explotar. Efectivamente, pero ese no es ahora el tema. Lo que trato de exponer son las causas de la explotación, no los efectos de la explotación correcta.

De una u otra forma, lo que es inevitable es que la economía del hombre y la de la naturaleza discurren paralelas, y que un atentado contra la segunda terminará por repercutir, antes o después, en la primera.

Lo más deplorable de la situación es que los grandes desastres ecológicos sólo benefician a unos pocos, perjudicando a los demás (la mayoría) y que es posible explotar no sólo conservando, sino mejorando. Así debiera ser. Pero creo que en nuestra sociedad actual esto es impensable a gran escala. Mucho tendría que aprender-cambiar-rectificar el hombre, y esto ya vemos que no ocurre; la realidad es la mejor prueba. Entre tanto, proseguimos soñando, intentando, parcheando; pero conscientes de que nuestra acción, a lo sumo, puede ser el camino de sensibilización que abra las puertas a una futura forma de concebir la existencia, y que ese cambio llegue a tiempo.

---

## IX. DEMANDA-PLANIFICACION

Aceptando que todas las acciones o el grado de intervención están determinados en último término por la demanda, es evidente (e irritante) que la tradicional falta de planificación o, lo que es peor aún, la mala planificación en la agricultura española ha sido siempre la causa de que se tomen medidas disparatadas o al menos desacertadas, que han desembocado en desastres, económicos y ecológicos.

En este sentido, pocos sistemas han sufrido las consecuencias de tanta paradoja, contrasentido y despropósito como el monte adhesado.

Muchas de las acciones no sólo no han obedecido a los imperativos de la demanda, sino que se han realizado contra ella; otras veces se ha ignorado tal faceta, actuando por puro capricho y opinión, y las menos se ha manifestado una sensata cordura adecuando la explotación a la potencialidad, sin destruir.

Increíblemente, el período de máxima deforestación coincidió con el de mínima demanda de leña o madera. Resulta alucinante pensar que la razón fuera precisamente esa: si no hay demanda de un producto, ¿para qué lo quiero?, lo elimino y a otra cosa.

Se desata una feroz campaña contra el cerdo ibérico, sólo comparable a la de la cabra. Se le descubren y denuncian enfermedades nuevas que habían existido siempre, y pese a las cuales, y a otras muchas ya prácticamente superadas, el cerdo ibérico siempre salió adelante. La situación tenía todas las características de una campaña no de erradicación de la peste porcina, sino del propio cerdo. Veamos:

- a) Por todos los medios de difusión se propagó la noticia de que sobraba grasa de cerdo, que el consumo de grasa era muy perjudicial para la salud, etc., y se puso especial énfasis en destacar que el cerdo ibérico era muy rico en grasa. Una mente deductiva, por muy pobre que sea, concluye que el cerdo ibérico fue la causa de nuestra desgracia: saturaba el mercado de grasas animales, era perjudicial para nuestra salud, daba poco rendimiento y para
-

colmo de males era portador de la peste porcina africana y un montón de otras desgracias.

No se contaba, por entonces, con que, casualmente, el paladar de los españoles era más sensible al aroma y calidad del tocino y carne del ibérico que al encorchado e insípido blanco o rojo de las mil razas que cayeron sobre nosotros de todas las partes del mundo.

- b) El cerdo ibérico era antieconómico por su corta prole (tres a cinco crías viables), su poca precocidad y escaso rendimiento, frente a las prolíficas razas importadas, con muy altos índices de transformación, sobre todo para los piensos importados.

No se cayó en la cuenta de la inmensa demagogia que encerraba un estudio comparativo planteado en términos tan parciales que dejaban al descubierto cuál sería el ganador. El caso sería paralelo a la comparación de la vaca frisona con la brava, considerando solamente la producción de leche. Evidentemente no son dos casos comparables. Si con los cerdos el parámetro a tener en cuenta no hubiera sido su rentabilidad frente a la utilización de materias importadas, sino frente a la conservación, buen uso y mejora de nuestros montes adehesados, con quercíneas productoras de bellota, y ésta como base de la alimentación, el desplazado no hubiera sido precisamente el ibérico (casualmente, el nuestro) seleccionado por el hombre y la naturaleza para la utilización de un recurso, casualmente también nuestro: la bellota.

La trascendencia de la falta de planificación, mal encauzamiento de la demanda y peor control de la oferta, intereses económicos ajenos (cuando no contrapuestos) al buen uso de nuestros recursos, etc., son las verdaderas causas de la destrucción del monte adehesado.

Si no se eliminan las causas, sus efectos seguirán pesando, y así será aunque ecologistas y agrónomos sigan peleándose, por todas y cada una de las acciones puntuales, de escasa o nula incidencia si no fuera por los graves efectos sumatorios de pequeños errores cometidos con una reiteración pertinaz.

Nada se solucionará discutiendo lo descabellado de una acción cuando lo que hay que erradicar son las causas que la moti-

varon; y éstas, en general, tienen su raíz en cuestiones sociales o intereses económicos de tal envergadura que queda muy poco lugar a la esperanza de una solución inmediata, ni siquiera para frenar el proceso.

Ciertamente, la planificación correcta en este campo no es fácil; la ejecución muchas veces imposible.

#### R E S U M E N

Se describen las características que determinan el monte adhesado, cuyo origen se remonta a milenios y cuya actualidad viene exigida por la necesidad de un uso más adecuado de determinados suelos y el mantenimiento de este sistema agrícola cuyo deterioro se acentúa progresivamente.

Se analizan las causas que han conducido a la crisis actual, en especial la fiebre de la roturación —un ciclo que todavía no parece cerrado— y el descrédito de las especies ganaderas que venían siendo el tradicional complemento de su aprovechamiento.

El autor aboga por unas nuevas formas de explotación de la dehesa que superen el sistema tradicional, inviable en nuestra sociedad agraria actual, para preservar el sabio sistema de aprovechamiento de espacios agrícolas de limitadas posibilidades.

#### R E S U M E

Ce travail décrit, en premier lieu, les caractéristiques de la forêt enclose pour pâturage, aux origines millénaires et qui, étant donné la nécessité de donner à certains sols un usage plus adéquat, est redevenue un système agricole actuel dont il convient de freiner la détérioration.

Il y est ensuite analysé les raisons de la crise actuelle, notamment l'excès de défrichage, dont le cycle ne semble pas encore achevé, ainsi que le discrédit qu'ont souffert des formes d'élevage qui jusqu'à présent constituaient le complément traditionnel de l'exploitation.

L'auteur plaide en faveur de nouvelles formes de mise en valeur des terres de pâturage, qui substitueraient les systèmes traditionnels déplacés dans notre société agricole actuelle, afin de préserver la sage utilisation des espaces aux possibilités limitées.

S U M M A R Y

A description is made of the characteristics of woodlots, which although dating back thousand of years, has again become important today due to the need for a more suitable use of certain land and to maintain this agricultural system which is increasingly deteriorating.

The causes leading to the present crisis are analyzed, especially the ploughing fever—a cycle which still has not ended—and discredit of the animal species for which this forest had traditionally been used complementarily.

The author advocates new forms of using woodlots to improve the traditional system, which is not viable in our agricultural society today, to preserve the wise system of utilizing agricultural space with otherwise limited possibilities.

---